Cadalso, Josbe

Historia de los amores

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 12

Control Number: ADT-3207
OCLC Number : 29689515
Call Number : W 381.568 H629 v.3 AMORC
Author : Cadalso, José, 1741-1782.
Title : Historia de los amores del coronel don Jose de Cadalso / escrita por el mismo.
Edition : Nueva ed. corr. y aum.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Noches lúgubres.
Note : Title vignette.
Subject : Cadalso, José, 1741-1782.
Subject : Chapbooks, Spanish.

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE LOS AMORES DEL CORONEL

DON JOSE DE CADALSO.

ESCRITA POR EL MISMO.

Nueva edioicn corregida y aumentada.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

PROLOGO.

AL LECTOR.

Concluidas las guerras de Portugal, benefició Cadalso una compañia de caballería en el regimiento de Borbon, á espensas de una crecida herencia, la que desechó como su genio prometia, marchando á Mádrid por disposicion del Excmo. señor conde de Aranda. Entre los encantos de la corte no fué otro capaz de arrebatarle, sino el de la señora Ibañez, cómica en el teatro de la Cruz; no le fué dificil el logro de sus deseos, teniendo de su parte mucho talento, y sobre todo una buena prevencion de doblones, opositores para él insufribles; al fin consiguió su intento y con ello concluir su dinero, quedando reducido á bastante estrechez. Es de advertir, que en este tiempo á la señora Ibañez la solicitaron el mismo conde de Aranda y otros de bastante suposicion, circunstancia para que el desplumado Cadalso parase su vuelo; pero no sucedió así, pues contra el carácter voluble de su sexo, y á pesar del interés que predomina á las de esta clase, se revistió aquella heroina de un entusiasmo impropio de su estado, y singular en estos tiempos, despreció los intereses y las brillantes ofertas de sus apasionados, manteniéndole una ejemplar constancia, y diciéndole que quien con ella habia disipado todos sus bienes, no merecia una recompensa, cual él se imaginaba; que se desimpresionase de semejante error y que se convenciese de que siempre seria suya.

Tanto enamoró esta inesperada accion al corazon de Cadalso, tanto cautivó su voluntad y tanto obcecó sus claras luces, que determinó casarse con ella, sin reflexionar las consecuencias de semejante absurdo; pero, ¡á qué no arrastrará una pasion obligada de un proceder tan fino! casi no pudieron apartarlo de estas locuras las persuasiones de varios amigos suyos, todos personas que le profesaban un

verdadero afecto. En esta crítica situacion, de resultas de un resfriado cayó en cama la Ibañez, y su errada curacion ó complicacion de enfermedades, motivaron que al tercer dia de cama espirase en los brazos de su amante; ¡fuerte sentimiento para un pecho tan apasionado! le perturbó tanto este golpe, llegándole á embriagar de tal modo, que casi terminó en demencia. Cierto que en lo que cabe admite disculpa su locura. La hermosura, gracia y buen proceder de la Ibañez se unian á un superior talento, y á más la fineza que le manifestó esmerándose en hacérsela ver cuanto mas abatido le encontraba y aun cuidándole infinito. En mucho tiempo no salia de la Iglesia sin moverse de la losa que cubria su memoria, hasta la hora que le precisaban los sacristanes salir del templo. Su melancolía, poco alimento y miseria en que vivia á causa de sus muchos empeños, lo condujeron á unos términos deplorables, con indicios de seguir el mismo camino que su amante, como deseaba. Ultimamente paró su violento dolor en la estravagancia de desenterrar el cadáver (no sirve talentos donde reina el amor); pasó al pié de la letra todo lo que se describe en la primera noche; en la segunda es, como ya verá el lector, cuando le llevan á la cárcel por atribuirle una muerte, en que él no habia tenido ninguna parte, pues la inocencia le salvó. La tercera noche de su capricho puso en ejecucion su irreflexionado intento; pero no lo pudo llevar á cabo hasta la cuarta noche, que fué cuando concluyó su vida bajo la horrorosa influencia de las llamas.



NOCHES LÚGUBRES

escritas por el coronel

Don José de Cadalso.

Noche primera.

Tediato y un sepulturero.

TEDIATO.

ué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazon! el cielo tambien se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara; el nublado crece, la luz de esos relámpagos... ¡qué horrorosa! Ya truena; cada trueno es mayor que el que le antecede, y aparece producir otro mas cruel; el sueño dulce, intervalo en las fatigas de los honbres, se turba en el lecho conyugal, teatro de delicias, la cuna en que se cria la esperanza de las casas, la descansada cama de los ancianos venerables, todo se inunda en llanto... todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante... ¡Ay, si fuese el último de mi vida, cuán grato seria para mí, cuán horrible ahora, cuán horrible! Más lo fue el dia, el triste dia que fué causa de la escena en que ahora me hallo.

Lorenzo no viene; ¿vendrá acaso? Cobarde! Le espantará este aparato que la naturaleza le ofrece? No vé lo interior de mi corazon... ¡cuánto mas se horrorizaria! ¡Si la esperanza del premio le traerá! Sin duda... el dinero ¡ay dinero lo qué puedes! Un pecho solo te se ha resistido... ya no existe... ya tu dominio es absoluto... ya no existe el solo pecho que te se ha resistido. Las dos están al caer....

esta es la hora de la cita para Lorenzo... ¡Memoria! triste memoria! cruel memoria! mas tempestades formas en mi alma, que esas nubes en el aire. Tambien esta es la hora en que yo solia pisar estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de esos. ¡Cuán diferentes! Desde aquella época á esta todo ha mudado en el mundo; todo menos yo.

¡Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suya será ¿Quién sino él, y en este lance, y por tal premio, saldria de su casa? El es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el hazadon ó pico que trae al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los pies descalzos que pisan con turbacion, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo: aquel bulto cuyo encuentro horrorizaria á quien le viese. El es, sin duda, se acerca: desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

Lorenzo. Yo soy; cumplí mi palabra; cumple ahora tú la tuya. ¿El dinero que me prometiste?

Tediato. Aquí está... ¿Tendrás valor prra proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

Lorenzo. Sí; porque tú pagas el trabajo.

Tediato ¡Interés; único móvil del corazon humano! Aquí tienes el dinero que te prometí, todo se hace fácil cuando el premio es seguro; pero el premio es justo una vez ofrecido.

Lorenzo. ¡Cuán pobre seré cuando me atreví á prometerte lo que voy á cumplir! cuánta miseria me oprime! piénsalo tú; y yo... harto haré en llorarla... Vamos.

Tediato. ¿Traes la llave del templo?

Lorenzo. Sí, esta es.

Tediato. La noche es tan oscura y espantosa...

Lorenzo. Y tanto, que tiemblo y no veo.

Tediato. Pues dame la mano y sigue; te guiaré y esforzaré.

Lorenzo. En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dejar un solo dia de enterrar á alguno ó algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

Tediato. Es que en ella me vas á ser útil; por eso te quita el cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Esta es la puerta.

Lorenzo. ¡Que tiemble yo!

Tediato. Anímate... imítame.

Lorenzo. ¿Que interés tan grande te mueve á tanto atrevimiento? Paréceme cosa dificil de entender.

Tediato. Suéltame el brazo... Como me lo tienes asido con tanta fuerza, no me dejas abrir con esta llave... Ella parece tambien resistirse á mi deseo... Ya abre!... entremos.

Lorenzo. Sí, entremos. ¿He de cerrar por dentro?

Tediato. No, es tiempo perdido, y nos pudieran oir. Entorna solamente la puerta porque la luz se vea desde afuera si acaso pasa alguno... tan infeliz como yo, pues de otro modo no puede ser.

Lorenzo. He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres; mozos robustos, descanso de sus ancianos padres; doncellas hermosas y envidiadas de las que quedaban vivas; hombres en lo fuerte de su edad y colocados en altos empleos; viejos venerables, apoyos del estado... nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos; rasgué sus vestiduras en busca de alguna alhaja de valor, apisoné con fuerza y sin asco sus frios miembros; rompíles las cabezas, y los huesos cubriles de polvo, ceniza gusanos y podre, sin que mi corazon palpitase... y ahora al pisar estos umbrales me caigo.. al ver el reflejo de esa lámpara me deslumbro... al tocar sus mármoles me hielo... me avergüenzo de mi flaqueza; no la refieras á mis compañeros; si lo supieran harian mofa de mi cobardía.

Tediato. Mas harian de mí los mios al ver mi arrojo. Insensatos! qué poco saben!... Ah! me serian tan odiosos por su dureza, como yo seria necio en su concepto por mi pasion...

Lorenzo. Tu valor me alienta. ¡Mas ay! ¡nuevo espanto! ¿Qué es aquello? Presencia humana tiene... Crece conforme nos acercamos. Otro fantasma mas me sigue... ¿Qué será? Volvamos mientras podamos... no desperdiciemos las pocas fuerzas que aun nos quedan..... Si aun conservamos algun valor, válganos para huir.

Tediato. ¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mia, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes á quienes nadie ha visto, y de quienes todos hablan, seria el bien ó el mal que nos traerian siempre inevitable. Nunca los he hallado aunque los he buscado muchas veces.

Lorenzo. ¡Si los vieras!

Tediato. Aun no creeria á mis ojos. Juzgara tales fantasmas mónstruos producidos por una fantasía llena de tristeza: fantasía humana fecunda solo en quiméricas ilusiones y objetos de terror. La mia me los ofrece tremendos en estas circunstancias... Casi bastan á apartarme de mi empresa.

Lorenzo. Eso dices porque no los has visto; si los vieras, temblarias aun mas que yo.

Tediato. Tal vez en aquel instante; pero en el de la reflexion me aquietara.

Si no tuviera miedo de malgastar estas pocas horas, las mas preciosas de mi vida, y tal vez las últimas de ella, te contara con gusto cosas capaces de sosegarte... pero dan las dos... Qué sonido tan triste el de esa campana! El tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

Lorenzo. ¿Adonde?

Tediato. A aquella sepultura. Sí, á abrirla.

Lorenzo. ¿A cuál?

Tediato. A aquella.

Lorenzo. ¿A cuál? ¿Aquella humilde y baja? Pensé que querias abrir algun monumento alto y ostentoso, donde enterré pocos dias há al duque de Tausto, timbrado, que habia sido muy hombre de palacio, y segun sus criados me dijeron, habia tenido en vida el manejo de cosas grandes: figuróseme que la curiosidad ó interés te llevaba á ver si encontrabas algunos papeles ocultos que tal vez se encontrasen con su cuerpo. He oido, no sé dónde, que ni aun los muertos están libres de las sospechas y aun envidias de los cortesanos...

Tediato. Tan despreciables son para mí muertos, como vivos; en el sepulcro, como en el mundo; podridos, como triunfantes; llenos de gusanos, como rodeados de aduladores... no me distraigas... vamos, te digo otra vez, á nuestra empresa.

Lorenzo. No? pues al tumulto inmediato á ese, y donde yace el famoso indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le halló la menor parte del caudal que se le suponia, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver, y no se halló siquiera un doblon en su mortaja.

Tediato. Tampoco vendria yo de mi casa á su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América á la tirana Europa.

Lorenzo. Sí, será; pero no estrañaria yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo...

Tediato. Poca cantidad, sí es útil, pues nos alimenta, nos viste, y dá las pocas cosas necesarias á la breve y mísera vida del hombre, pero mucha es dañosa.

Lorenzo. ¡Hola! ¿y por qué?

Tediato. Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios, y á fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el órden de la naturaleza; y lo bueno se sustrae de su dominio, sin el fin dichoso... con él no pudieron arrancarme mi dicha. Ay! vamos.

Lorenzo. Sí, pero antes de llegar allá hemos de tropezar con aquella otra otra sepultura, y se me eriza el pelo cuando paso junto á ella.

Tediato. ¿Pero, por qué te espanta esa mas que cualquiera de las otras?

Lorenzo. Porque murió de repente el sujeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

Tediato. Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantos humores, compuesto de tantas partes invisibles, sujeto á tan frecuentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es mas,

movido por una alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos...¿qué puede durar? ¿cómo pueda durar? No sé cómo vivimos. No suena campana que no me parezca tocar á muerto. A ser yo ciego, creeria que el color negro era el único de que se visten... ¿cuántas veces muere un hombre de un aire que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿cuántas de un agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿cuántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¡Entre cuántos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro! Cada vez que siento el pie me parece hundirse el suelo, preparándome una sepultura... Conozco dos ó tres yerbas saludables... las venenosas no tienen número. Sí, sí... el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga... y qué? El leon, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo, é innumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

Lorenzo. Ya estamos donde deseas.

Tediato. Mejor que tú boca me lo dice mi corazon. Ya piso la losa que he regado tantas veces con llanto, y besado tantas veces con mis labios Esta es. ¡Ay Lorenzo! Hasta que me ofreciste lo que ahora me cumples, ¿cuántas tardes he pasado junto á esta piedra tan inmóvil, como si parte de ella fuesen mis entrañas? Mas que persona sensible, parecia yo estátua, emblema del dolor.

Lorenzo. Ya he empezado á alzar la losa de la tumba: pesa infinito. ¡Si verás en ella á tu padre! mucho cariño le tienes, cuando por verle pasas una noche tan dura... ¡Pero el amor de un hijo! mucho merece un padre...

Tediato. ¡Un padre! ¿por qué? Nos crian por obligacion, nos educan para que les sirvamos, nos casan para perpetuar sus nombres, nos corrijen por caprichos, nos desheredan por injusticia, nos abandonan por vicios suyos. (1)

Lorenzo. Será tu madre... mucho debemos á una madre.

Tediato. Tal vez menos aun que al padre. Nos niegan muchas veces el alimento de la leche que naturaleza las dió para este único y sagrado fin; nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican á sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben y las depositan en un perro ó en un pájaro.

Lorenzo. ¿Algun hermano tuyo te fué tan unido, que vienes á visitar sus huesos?

Tediato. ¿Qué hermano conocerá la fuerza de esta voz? Un año mas ó menos de edad, algunas letras de diferencia en el hombre, igual es-

(1) Esta moralidad se ha de entender de los malos padres, y del mismo modo las siguientes.

peranza de gozar un bien de dudoso derecho y otras cosas semejantes imprimen tal ódio en los hermanos, que parecen fieras de distintas especies, y no fruto de un vientre mismo.

Lorenzo. Ya caigo en lo que puede ser: aquí yace sin duda algun hijo que te se moriria en lo mas tierno de su edad.

Tediato. Hijos! sucesion! Este, que antes era un tesoro con que naturaleza regalaba á sus favorecidos, es hoy un azote con que no debiera castigar sino á los malvados.

¿Qué es un hijo? Sus primeros años... un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestia y asco... Los siguientes años... un dechado de los vicios de los brutos poseidos en alto grado... lujuria, gula, inobediencia... Mas adelante un pozo de horrores infernales... ambicion, soberbia, envidia, codicia, venganza, traicion y malignidad... Pasando de ahí... ya no se mira el hombre como hermano de los otros, sino como un ente supernumerario en el mundo. Créeme, Lorenzo, créeme. Tú sabrás cómo son los muertos, pues son el objeto de tu trato... yo sé lo que son vivos... entre ellos me hallo con demasiada frecuencia... Estos son... no, no hay otros... todo á cual peor... yo seria peor que todos ellos si me hubiera dejado arrastrar de sus ejemplos.

Lorenzo. ¡Qué cuadro el que pintas!

Tediato. La nataraleza es el original: no adulo, pero tampoco lo agravo. No te canses, Lorenzo; nada significan esas voces que oyes de padre, madre, hermanos, y otras tales; y si significan el carácter que vemos en los que así llaman, no quiero ser ni tener hijo, hermano padre, madre, ni me quiero á mí mismo, pues algo he de ser de todo esto.

Lorenzo. No me queda que preguntarte mas que otra cosa, y es á saber: si buscas el cadáver de algun amigo.

Tediato. ¿Amigo? Hé! ¿Amigo? ¡Qué necio eres!.. ¡Sí, y mereces compasion si crees que esa voz tenga el menor sentido. Amigos, amistad! Esa virtud solo haria feliz á todo el género humano. Desdichados son los hombres desde el dia que la desterraron, ó que ella les abandonó; su falta es el orígen de todas las turbulencias de la sociedad. Todos quieren aparecer amigos, nadie lo es. En los hombres, la apariencia de la amistad es lo que en las mujeres el afeite y compostura. Belleza fingida y engañosa... nieve que cubre un muladar... Darse las manos y rasgarse los corazones, esta es la amistad que reina. No te canses; no busco el cadáver de persona alguna de las que puedas juzgar. Ya no es cadáver.

Lorenzo. Pues si no es cadáver, ¿qué buscas? ¿Acaso tu intento seria hurtar las alhajas del templo que se guardan en algun subterráneo, cuya puerta te se figura ser la losa que empiezo á levantar?

Tediato. Tu inocencia te sirva de escusa. Queden en buen hora esas alhajas consagradas á la piedad; trabaja con mas brio.

Lorenzo. Ayúdame; mete ese otro pico por allí, y haz fuerza conmigo.

Tediato. Asi?

Lorenzo. Sí: de este modo: ya va en buen estado.

Tediato. ¡Quién me diria dos meses há que me habia de ver en este oficio! Pasáronse mas aprisa que el sueño, dejándome tormento al despertar: desaparecieron como humo, que deja las llamas abajo y se pierde en el aire. ¿Qué haces, Lorenzo?

Lorenzo. ¡Qué olor! ¡qué peste sale de la tumba! No puedo mas.

Tediato. No me dejes; no me dejes, amigo. Yo solo no soy capaz de mantener esta piedra.

Lorenzo. La abertura que forma ya da lugar para que salgan esos gusanos que se ven con la luz de mi farol.

Tediato. Ay! qué veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. Cuánta miseria me anuncia! En estos, ay! en estos se ha convertido tu carne! De tus hermosos ojos se han enjendrado estos vivientes asquerosos! Tu pelo, que en lo fuerte de mi pasion llamé mil veces, no solo mas rubio, sino mas precioso que el oro, ha producido esta podre! Tus blancas manos, tus labios amorosos se han vuelto materia corrupcion! En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver! A qué sentido no ofenderá la misma que fué el hechizo de todos ellos!

Lorenzo. Vuelvo á ayudarte; pero me vuelca ese vapor... Ahora empieza. Mas, mas.

Tediato. Las fuerzas me faltan.

Lorenzo. Perdimos lo adelantado.

Tediato. Ha vuelto á caer...

Lorenzo. Y el sol va saliendo, de modo que estamos en peligro de que vayan viniendo las gentes y nos vean...

Tediato. Razon tienes; podrán sorprendernos. Esconde ese pico y azadon; no me faltes mañana á la misma hora y en el propio puesto. Tendrás menos miedo, menos tiempo se perderá. Vete, te voy siguiendo.

¡Objeto antiguo de mis delicias!... hoy objeto de horror para cuantos te vean! ¡monton de huesos asquerosos... en otros tiempos conjunto de gracias! oh! tú, ahora imágen de lo que yo seré en breve! pronto volverás á mi casa, descansarás en un lecho junto al mio: morirá mi cuerpo junto á tí, cadáver adorado, y espirando incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa.

Noche segunda.

Tediato, la justicia y despues un carcelero.

TEDIATO.

Qué triste me ha sido este dia! igual á la noche mas espantosa, me ha llenado de pavor, tedio, afliccion y pesadumbre. ¡Con qué dolor han visto mis ojos la luz del astro, á quien llaman benigno los que tienen el pecho menos oprimido que yo! El sol, imágen del Criador, ha sido objeto de mi melancolía. El tiempo que ha tardado en llevar sus luces á otros climas, me ha parecido tormento de duracion eterna... Triste de mí! Soy el solo viviente á quien sus rayos no consuelan. Aun la noche cuya tardanza me hacia insufrible la presencia del sol, es menos gustosa porque en algo se parece al dia. No está tan oscura como yo quisiera la luna: ¡ah, luna! escóndete, no mires en este puesto al mas infeliz mortal.

Bien venida seas, noche, madre de delitos, destructora de la hermosura, imágen del caos de que salimos; duplica tus horrores; mientras mas densas, mas gustosas serán tus tinieblas. No tomé alimento: no enjugé las lágrimas: púseme el vestido mas lúgubre: tomé este acero, que será, ay! sí, será quien consuele de una vez todas mis cuitas. Vine á este puesto: espero á Lorenzo.

Desengañado de las visiones y fantasmas, duendes, espíritus y sombras, me ayudará con firmeza á levantar la losa: haré el robo... el robo! ay! era mia; sí, mia, yo suyo. No, no la agravio: me agravio: éramos unos. Su alma, qué era sino la mia! La mia, qué era sino la suya!... Pero qué voces se oyen! *muere, muere*, dice una de ellas: *¡que me matan!* dice otra voz. Hácia mí vienen corriendo varios hombres.

¿Qué haré? ¿qué veo? El uno cae herido al parecer... los otros huyen retrocediendo por donde han venido: hasta mis plantas viene batallando con las ánsias de la muerte. ¿Quién eres? quién eres? quiénes son los que te siguen? ¿No respondes? El torrente de sangre que arroja por boca y por herida me mancha todo... es muerto: ha espirado asido de mi pierna. Siento pasos á este otro lado. Mucha gente llega; el aparato es de ser comitiva de la justicia.

Justicia. Pues aquí está el cadáver, y ese hombre está ensangrentado; tiene la espada en la mano, y con la otra procura desasirse del muerto, parece indicar no ser otro el asesino: prended á ese malvado. Ya sabeis lo importante de este caso. El muerto es un personaje, cuyas cualidades no permiten el menor descuido de nuestra parte. Sabeis los antecedentes de ese asesinato que se proponian. Atadle, desde esta noche te puedes contar por muerto, infame. Sí, ese rostro, lo pálido de su semblante, su turbacion, todo indica ó aumenta los indicios que ya tenemos... En breve tendrás muerte ignominiosa y cruel.

Tediato. Tanto mas gustosa; por estraño camino me concede el Cielo lo que le pedí dias há con todas mis veras...

Justicia. ¡Cuál se complace con su delito!

Tediato. ¡Delito! jamás le tuve. Si lo hubiera tenido, él mismo hubiera sido mi primer verdugo, lejos de complacerme en él. Lo que me es gustosa es la muerte... Dádmela cuanto antes, si os merezco alguna misericordia. Si no sois tan benigno, dejadme vivir: ese seria mi mayor tormento.

Justicia. Llevadlo aprisa, no salgan al encuentro sus compañeros.

Tediato. Jamás los tuve ni en la maldad, porque jamás fuí malo; ni en la bondad, porque ninguno me ha igualado en lo bueno. Por eso soy el mas infeliz de los hombres. Cargad mas prisiones sobre mí. Ministros feroces, ligad mas esos cordeles con que me arrastrais cual víctima inocente. Y tú que en este templo quedas, únele á tu espíritu inmortal, que exhalaste entre mis brazos, si lo permite quien puede, y ven á consolarme en la cárcel, ó á desengañar á mis jueces. Salga yo valeroso al suplicio, ó inocente al mundo. Pero no; agraviado ó vindicado muera yo: muera yo, y en breve!

Justicia. Su delito le turba los sentidos, andemos, andemos.

Tediato. ¿Estamos ya en la cárcel?

Justicia. Poco falta.

Tediato. Quien encuentre la comitiva de la justicia, llevando á un preso ensangrentado, pálido, mal vestido, cargado de cadenas que le han puesto, y de oprobios que le dicen, ¿qué dirá? Allá va un delincuente. Pronto le veremos en el patíbulo; su muerte será horrorosa, pero saludable espectáculo. Viva la justicia! Castíguense los delitos; arránquense de la sociedad los que turban su quietud. De la muerte

de un malvado se asegura la vida de muchos buenos. Así irán diciendo de mí, así irán diciendo. En vano les diria mi inocencia. No me creerian: si la jurara, me llamarian perjuro sobre malvado. Tomaria por testigos de mi virtud á esos astros, darian su giro sin cuidarse del virtuoso que padece ni del inicuo que triunfa.

Justicia. Ya estamos en la cárcel.

Tediato. Sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del sepulcro, depósito de malhechores, abre tus puertas, recibe á este infeliz!

Justicia. Este hombre quede asegurado; nadie le hable: ponedle en el calabozo mas apartado y seguro; doblad el número y peso de los grillos acostumbrados. Los indicios que hay con él son casi evidentes. Mañana se le examinará. Prepáresele el tormento por si es tan obstinado como inicuo. Eres responsable de este preso, tú, carcelero: te aconsejo que no le pierdas de vista: mira que la menor compasion que para con él puedas tener, es tu perdicion.

Carcelero. ¿Compasion yo? de quién? de un preso que se me encarga? No me conoceis. Años há que soy carcelero, y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido, como si guardara fieras en las jaulas. Pocas palabras, menos alimento, ninguna lástima, mucha dureza, mayor castigo y continua amenaza. Así me temen. Mi voz entre las paredes de esta cárcel es como el trueno entre montes: asombra á cuantos la oyen.

Justicia. Pues ya queda asegurado, adios.

Carcelero. Sí, sí: grillos, cadenas, esposas, cepo, argolla, todo le sujetará.

Tediato. Y mas que todo mi inocencia.

Carcelero. Delante de mí no se habla: y si el castigo no basta á cerrarte la boca, mordazas hay.

Tediato. Has lo que quieras: no abriré los labios... Pero la voz de mi corazon... aquella voz que penetra el firmamento, ¿cómo me privarás de ella?

Carcelero. Este es el calabozo destinado para tí. En breve volveré.

Tediato. No me espantan sus tinieblas, su frio, su humedad, su hediondez; no el ruido que han hecho los cerrojos de esa puerta, no el peso de mis cadenas. Otras reflexiones me ocupan ahora... ¡Ah Lorenzo! Habrás ido al señalado puesto, no me habrás hallado: ¡qué habrás juzgado de mí! acaso creerás que miedo, inconstancia... Ay! no, Lorenzo: nada de este mundo ni del otro me parece espantoso, y constancia no me puede faltar, cuando no me ha faltado ya sobre la losa de quien vimos ayer cadáver medio corrompido; me acometieron mil desdichas, ingratitud de mis amigos; enfermedad, pobreza, ódio de poderosos, envidia de iguales, mofa de parte de mis inferiores...

La primera vez que dormí, figuróseme que veia el fantasma que llaman fortuna. Cual suele pintarse la muerte con una guadaña que despuebla el universo, tenia la fortuna una vara con que volvia á todo el globo. Tenia levantado el brazo contra mí. Alcé la frente, la miré. Ella se irritó: yo me sonreí, y me dormí, y segunda vez se venga de mi desprecio. Me pone, siendo yo justo y bueno, entre facinerosos hoy: mañana tal vez entre las manos del verdugo: este me dejará entre los brazos de la muerte. ¡Oh muerte! ¿por qué dejas que te llamen daño el mayor de ellos, el último de todos? ¡Tú, daño! Quien así lo diga no ha pasado lo que yo.

¡Qué voces oigo (ay!) en el calabozo inmediato! Sin duda hablan de morir. Lloran! van á morir y lloran! qué delirio. Oigamos lo que dice el mísero insensato que teme burlar de una vez todas sus miserias. No, no, escuchemos. Indignas voces de oirse son las que articula el miedo al aparato de la muerte.

Animo, ánimo, compañero: si mueres dentro del breve espacio que te señalan, poco tiempo estarás espuesto á la tiranía, envidia, orgullo, venganza, desprecio, traicion, ingratitud... Esto es lo que dejas en el mundo: envidiables delicias dejas por cierto á los que se quedan en él; te envidio el tiempo que me ganas, el tiempo que tardaré en seguirte.

Ha callado el que sollozaba. y tambien dos voces que le acompañaban, una hablándole de... sin duda fue ejecucion secreta. ¿Si se llegaran ahora los ejecutores á mí? ¡Qué gozo! Ya se disipan todas las tinieblas de mi alma. Ven, muerte, con todo tu séquito; sí, ábrase esa puerta, entren los verdugos feroces manchados aun con la sangre que acaban de derramar á una vara de mí. Si el ser infeliz es culpa, ninguno mas reo que yo. ¡Qué silencio tan espantoso ha sucedido á los suspiros del moribundo! Las pisadas de los que salen de su calabozo; las voces bajas con que se hablan; el ruido de las cadenas que sin duda han quitado al cadáver; el ruido de la puerta estremece lo sensible de mi corazon, no obstante lo fuerte de mi espíritu. Frágil habitacion de un alma, superior á todo lo que la naturaleza puede ofrecer, ¿por qué tiemblas? ¿ha de horrorizarme lo que desprecio? ¿Si será sueño la debilidad que siento? Los ojos se me cierran no obstante la debilidad que en ellos ha dejado el llanto; sí, reclíname. Agradable concurso, música deliciosa, espléndida mesa, delicado lecho, gustoso sueño encantarán á estas horas á alguno en el tropel del mundo. No se envanezca, lo mismo tuve yo, y ahora... una piedra es mi cabecera, una tabla es mi cama, insectos mi compañía Durmamos, quizás me despertará una vez que me diga: ven al tormento; ven al suplicio. Durmamos. Cielos! ¡si el sueño es imágen de la muerte!... Ay! durmamos

¿Qué pasos siento? Una corta luz parece que entra por los resquicios de la puerta. La abren; es el carcelero, y le siguen dos hombres. ¿Qué quereis? ¿Llegó, por fin, la hora inmediata á la de mi muerte? ¿me la vais á anunciar con semblante de debilidad y compasion, ó con rostro de entereza y dominio?

Carcelero. Muy diferente es el objeto de nuestra venida. Cuando me aparté de ti juzgué que á mi vuelta te llevarian al tormento para que en él declarases los cómplices del asesinato que se te atribuia; pero se han descubierto los autores y y ejecutores de aquel delito. Vengo con órden de soltarte. Ea, quítense las cadenas y grillos; libre estás.

Tediato. Ni aun en la cárcel puedo gozar del reposo que ella me ofrece en medio de sus horrores. Ya iba yo acomodando los cansados miembros de mi cuerpo sobre esta tarima; ya iba tolerando mi cabeza lo duro de esta piedra, y me vienen á despertar; ¿y para qué? para decirme que no he de morir. Ahora sí que turbas mi reposo... me vuelves á arrojar otra vez al mundo, de donde se ausentó lo poco bueno que habia en él. Ay! decidme, ¿es de dia?

Carcelero. Aun faltará una hora de noche.

Tediato. Pues vóime; con tantas contingencias como ofrece la suerte, ¿qué sé yo si mañana nos volveremos á ver?

Carcelero. Adios.

Tediato. Adios. ¿Una hora de noche aun falta? Ay! Si Lorenzo estuviese en el paraje de la cita, tendríamos tiempo para concluir nuestra empresa: se habrá cansado de esperarme.

¿Mañana dónde le hallaré? No sé su casa. Acudir al templo parece mas seguro. Pasaréme ahora por el atrio. Noche, dilata tu duracion: importa poco que te esperen con impaciencia el caminante para continuar su viaje y el labrador para seguir su tarea. Domina, noche, domina más y mas sobre un mundo que por sus delitos se ha hecho indigno del sol. Quede aquel astro alumbrando á los hombres mejores que los de estos climas. Mientras mas dure tu oscuridad, mas tiempo tendré de cumplir la promesa que hice al cadáver encima de su tumba, en medio de otros sepulcros, al pié de los altares, y bajo la bóveda sagrada del templo. Si hay alguna cosa mas santa en la tierra, por ella juro no apartarme de mi intento: si á ello faltase yo, si á ello faltase... ¿Cómo habia de faltar?

Aquella luz que descubro será... será acaso la que arde, alumbrando á una imágen que está fija en la pared exterior del templo. Adelantemos el paso. Corazon, esfuérzate; ó saldrás en breve victorioso de tanto susto, cansancio, horror, espanto y dolor ó en breve deja-

rás de palpitar en este miserable pecho! Sí, aquella es la luz, el aire la hace temblar, de modo que tal vez se apagará antes que yo llegue á ella. ¿Pero por eso he de temer la oscuridad? antes debe serme mas gustosa. Las tinieblas son mi alimento. El pie siente algun obstáculo... ¿qué será? tentemos. Un bulto, y bulto de hombre. ¿Quién es? Parece como que sale de un sueño. Amigo, ¿quién eres? no respondes? Parece jóven de corta edad. Niño, ¿quién eres? cómo has venido aquí?

Niño. Ay! Ay! Ay!

Tediato. No llores, no quiero hacerte mal. Dime, ¿quién eres, dónde viven tus padres? ¿sabes tu nombre y el de la calle en que vives?

Niño. Yo soy..., míreme usted... vivo... venga usted conmigo para que mi padre no me castigue. Me mandó quedar aquí hasta las dos, y ver si pasaba alguno por aquí muchas veces, y que fuera á llamarle. Me he quedado dormido.

Tediato. Pues no temas; dame la manita y llévame á tu casa. ¿Cómo se llama tu padre?

Niño. Mi padre se llama Lorenzo: tengo ocho años, y seis hermanos mas chicos que yo. Mi madre acaba de morir de sobreparto: dos hermanos tengo con viruelas: otro está en el hospital: mi hermana se desapareció desde ayer de casa; mi padre no ha comido en todo el dia un bocado de la pesadumbre.

Tediato. ¿Y qué oficio tiene?

Niño. No sé cómo se llama. Cuando uno se muere y lo llevan á la iglesia, mi padre es quien...

Tediato. Ya te entiendo, sepulturero; ¿no es verdad?

Niño. Creo que sí, pero aquí estamos ya en casa.

Tediato. Pues llama, y recio.

Lorenzo. ¿Quién es?

Niño. Abra usted padre, soy yo y un señor.

Tediato. Abre que soy yo.

Lorenzo. Ya conozco la voz: ahora bajaré á abrir.

Tediato. ¡Qué poco me esperabas aquí! Tu hijo te dirá dónde lo he hallado: me ha contado el estado de tu familia. Mañana nos veremos en el mismo puesto para proseguir nuestro intento, y te diré por qué no nos hemos visto esta noche hasta ahora. Te compadezco tanto como á mí mismo, Lorenzo: pues la suerte te ha dado tanta miseria, y te la multiplica en tus deplorables hijos... Eres sepulturero... haz un hoyo muy grande, y entiérralos todos ellos vivos, y sepúltate con ellos. Sobre tu losa me mataré, y moriré diciendo: aquí yacen unos niños tan felices ahora, como eran infelices poco há, y dos hombres los mas míseros del mundo.

Noche tercera.

Tediato y un sepulturero.

TEDIATO.

Aquí me tienes, fortuna, tercera vez puesto á tus caprichos. ¿Pero quién no lo está? ¿dónde, cuándo, cómo sale el hombre de su imperio? Virtud, valor, prudencia, todo lo atropellas; no está mas seguro de tu rigor el poderoso en su trono, el sábio en su estudio, que el mendigo en su muladar, que yo en esta esquina lleno de aflicciones, privado de bienes; con mil enemigos por fuera, y un tormento interior, capaz por sí solo de llenarme de horrores, aunque todo el orbe procurase mi felididad.

¿Si será esta noche la que ponga fin á mis males? La primera, ¿de qué sirvió? Truenos, relámpagos, conversaciones con un ente que apenas tenia figura humana, sepulcros, gusanos, y motivos de cebar mi tristeza en los delitos y flaquezas de los hombres. Si mas hubiera sido mi mansion al pie de la sepultura, ¿cuál seria el éxito de mi temeritad? Al acudir al tiempo del concurso religioso, y hallarme en aquel estado creyendo que... ¿qué hubiera creido? Gritarian: ¡muera ese bárbaro que viene á profanar el templo con molestia de los difuntos, y desacato á quien los crió!

La segunda noche ¡ay! vuelve á correr mi sangre por las venas con la misma turbacion que anoche. Si no has de volver á mi memoria para mi total aniquilacion, huye de ella, ¡oh noche infausta! Asesinato, calumnia, oprobios, cárcel, grillos, cadenas, verdugos, muerte y gemidos... por no sentir mi último aliento huia de mí un instante la tristeza; pero apenas se me concede gozar el aire que está libre para las aves y brutos, cuando me vuelve á cubrir con su velo la desesperacion. ¿Qué vi? un padre de familia, pobre, con su mujer moribunda, hijos parvulillos y enfermos; uno perdido, otro muerto antes de nacer, y que mata á su madre antes de que esta le acabe de producir. ¿Qué mas vi? ¡Qué corazon el mio, qué inhumano si no le partió tal espectáculo!... Escusa tiene... mayores son sus propios males, y aun subsiste. ¡Oh Lorenzo! ¡oh! ¡Vuélveme á la cárcel, Rey Supremo, si solo me sacaste de ella para que viese la miseria de las criaturas!

Esta noche, ¿cuál será? ¡Lorenzo, infeliz Lorenzo! ven si ya no te detiene la muerte de tu mujer, la enfermedad de tus hijos, la pérdida de tu hija, tu misma flaqueza: ven, hallarás en mí un desdichado, que padece, no solo sus infortunios propios, si no los de todos los infelices á quienes conoce, mirándolos á todos como hermanos; ninguno lo es más que tú. ¿Qué importa que tú nacieras en la mayor miseria, y yo en cuna mas delicada? ¡Hermanos nos hace un superior destino, corriendo los caprichos de la suerte, que divide en arbitrarias clase á los que somos de una misma especie: todos lloramos... todos enfermamos... todos morimos!

El mismo horroroso conjunto de cosas de la noche antepasada vuelve á herir mi vista con aquella dulce melancolía... Aquel que allí viene es Lorenzo... Sí, Lorenzo. ¡Qué rostro! Siglos parece haber envejecido en pocas horas; tal es el objeto del poder, semejante al que produce la alegría, ó destruye nuestra débil máquina en el momento que la hiere ó la debilita para siempre al herirnos en un instante.

Lorenzo. ¿Quién eres?

Tediato. Soy el mismo á quien buscas: el Cielo te guarde.

Lorenzo. ¿Para qué? para pasar cincuenta años de vida como la que he pasado llena de infortunios... y cuando apenas tengo fuerzas para ganar un triste alimento... ¡hallarme con tantas nuevas desgracias en mi mísera familia, espuesta toda á morir con su padre en las mas espantosas infeliqidades! Amigo, si para eso deseas que me guarde el Cielo, ¡ah! pídele que me destruya.

Tediato. El gusto de favorecer á un amigo debe hacerte la vida apreciable si se conjuran en hacértela odiosa todas las calamidades que pasas. Nadie es infeliz si puede hacer á otro dichoso. Y amigo, mas bienes dependen de tu mano, que de la magnificencia de todos los reyes. Si fueras emperador de medio mundo... con el imperio de todo el universo, ¿qué podrias darme que me hiciese feliz? ¿empleos dignidades, rentas? Otros tantos motivos para mi propia inquietud y para la malicia ajena. Sembrarias en mi pecho zozobras, recelos, cuidados, fal vez ambicion y codicia... y en los de mis amigos... envidia. No te deseo con corona y cetro para mi bien! mas contribuirás á mi dicha con ese pico, ese azadon... viles instrumentos á otros ojos... venerables á los mios... andemos, amigo, andemos...

Lorenzo. Vamos que ya estamos en el templo.

Tediato. Lóbrega habitacion del alma mia, muchas veces templo por lo que en ti ocultas. ¡Ay de mí! noche tenebrosa, no me prohibas la ejecucion de mi intento; y tú, ¡oh fortuna! no envidiosa me estorbe mi único consuelo: aquí me tienes tercera vez esperanzado de tu inconstancia: vuelve á serme propicia esta sola vez en que colmarás mi felicidad... Y tú, Lorenzo, ¿qué te detiene tanto en abrir el templo?

Lorenzo. Un nuevo inconveniente causa mi detencion: no es posible ajustar la llave: mucho temo...

Tediato. Tu miedo y turbacion es el estorbo; no temas ningun infortunio; ¿puede ser mayor que los que esperimentas? No, Lorenzo. Desecha este temor; desprecia una vida que ella solo te obliga á vivir entre los hombres, depósito de maldades; abre, abre esa puerta! entremos á buscar quien únicamente pudo hacer soportables las miserias de mi existencia: y tú, constante memoria mia, ayuda mi sentimiento; tú, tú sola puedes alentar á mi decaido espíritu...

Lorenzo. No, no te acongojes, ya conseguiremos vencer el inconveniente. Entremos, pero ¡qué meláncolico nos recibe el templo! Parece que siente nuestra demasía.

Tediato. Cierra y no perdamos el tiempo; ¡ay! qué espectáculo tan triste! á los horrores de las sombras se agregan los de aquella espantosa luz, que solo alumbra para manifestar escasamente tan horrible oscuridad! ¿En este espantoso sitio descansa tanta hermosura? no, no... mucho dudo que haya donde tú estás tanta melancolía. Pero, ¿cómo lo estraño, si mi corazon está lo mismo? Ea, Lorenzo amigo, acaba de hacerme dichoso... aumenta tu valor: sírvante de aliento mis suspiros nacidos de un corazon tan sufrido: introduce por esa parte el azadon, ínterin lo ejecuto yo por esta con el pico, instrumentos ambos de mi desgracia, y hoy de mi dicha.

Lorenzo. Ya lo ejecuto, pero, ¿no me dirá que inconveniente pudo anoche imposibilitar tu venida? mas de cuatro horas te estuve esperando, y viendo malogrado mi cuidado, por atender á otros me retiré sustituyendo mi vigilancia en el solo hijo que la suerte me ha dejado.

Tediato. Por este supe todas tus desgracias; pero mi detencion consistió en que la justicia apresó mi inocencia, y á no haberse descubierto con presteza los autores de un asesinato que me acumulaban, hubiera llenado mi complacencia la muerte á que estaba sentenciado, justa á los ojos del mundo, y aun á los mismos que me condenaban; ¡considera la maldad de un mundo semejante! ¡mi impía estrella no me permitió el consuelo de concluir con tantos males!

Lorenzo. ¡Oh Dios, qué injuria!... pero todo me estremezco al mirar nuestra situacion: á los escasos rayos de esa moribunda luz advierto unas sombras que cruzan las altas y sombrías paredes del templo... ¡ay! ¡Qué horror! qué...

Tediato. No prosigas, ni te amedrentes: estas sombras que tanto te asustan, no son otra cosa que aves nocturnas que habitan este paraje y salen á buscar el alimento. Las visiones de las sombras, el melancólico canto, y el contínuo ruido de su vuelo, contristaron tu corazon sin motivo: todo contribuye á mi agradecimiento... si supieras, ¡oh Lorenzo! con cuánta satisfaccion complaces mi alma!

te lisonjeas de este beneficio; procuremos vencer la losa; ya, ya lo está: ah, Lorenzo! por momentos voy consiguiendo mi deseado martirio; no, no son ya los fúnebres asombros los que me contristan; una dulce inquietud, ah!

Lorenzo. Ea, ¿qué piensas? ahora lloras? te aflijes?

Tediato. No, Lorenzo, no; no es la afliccion la que oprime el quebrantado pecho mio, es... Pero si acaso el interés te predomina, dueño serás de cuanto poseo. Si eres de aquellos únicos pechos que solo aspiran á la gloria de la accion, jamás puede presentársete mejor ocasion para ejecutar tu generosidad: de uno ú otro modo, cierra la losa... luego que esté dentro, déjame esperar la muerte en los brazos que mas amo; sí, Lorenzo, yo seré dichoso, me desprenderé de una vida que me separa de mi dueño: acaba ya: ¡ah dolor!... pero...

Lorenzo. Tente, yo imagino que en este instante acabas de perder el sentido: ¿puedes pretender semejante absurdo?...

Tediato. No tengas por demasía la heroicidad; no la conoces, por lo poco que acostumbran los hombres á obrar bien; pero acaba ya; retardas mi consuelo, porque no adquieras el nombre de tirano... pero, ¿no escuchas un ruido hácia la puerta?

Lorenzo. No solo oigo ruido, sino que siento empezar á abrir; solo mi compañero tiene llaves iguales á las mias... Ay! Tediato! mucho temo un infortunio! Ya viene. ¡Oh infeliz! cuántos se conjuran contra tu vida! ¡ah interés, á qué fin me has conducido!... pero qué infaustos son los paraderos de la codicia!... amigo, huyamos.

Noche Cuarta.

Tediato y un sepulturero.

TEDIATO.

Justo cielo! cuán desdichado soy! la suerte no se cansa de perseguirme! héme aquí por cuarta vez, espuesto á mil contratiempos, y acaso sin poder conseguir el objeto de mis desvelos. ¿No tengo yo bastante con mi afliccion y pesadumbres para que el dolor y la desesperacion me atosiguen sin cesar, que aun los hombres han de contribuir á exacerbar mi situacion?... pero ahí viene mi buen Lorenzo.

Lorenzo. Acaso estarias impaciente con mi tardanza; toma la llave y abre.

Tediato. ¡Oh llave hermosa, cuán dichosa eres! tú encierras el mejor tesoro que naturaleza puso en la tierra: tú me has privado mucho tiempo el poder derramar lágrimas sobre aquel hermoso sepulcro, que encierra lo único que amo en el mundo!

Lorenzo. Entremos, no desperdiciemos el poco tiempo que nos resta; salgamos de esta empresa, y haz que sea esta la última noche de horror.

Tediato. Entremos.

Lorenzo. Esta es la tumba, ayúdame á trabajar con brio, y verás cómo en pocos momentos logras lo que tanto deseas, y yo saldré de una empresa que tanto me horroriza.

Tediato. Bastante me cuesta; pero aunque me costara mil vidas si estas existiesen en mí, las daria gustoso por un solo paso y el mas desgraciado de los que he dado desde que me ofreciste lo que ahora me cumples, que para recoger la mejor alhaja que existe en el mundo para mí, y lastimera imágen de terror para los demás, todavía son nada los infortunios é infelicidades que he sufrido para poder llegar al colmo de mis desventuras.

Lorenzo. Mete ese pico en la abertura y haz fuerza.

Tediato. Ya está abierta, ella parece que esta noche me ofrece gustosa estas sagradas reliquias, pedazos de mi corazon.

Lorenzo. Ayúdame á bajar y dame la luz.

Tediato. Dame la mano, toma el farol. ¡Qué espectáculo!

Lorenzo. ¡Qué hedor! si no bajas, yo solo nada puedo hacer.

Tediato. Voy pues: sostiéneme este pie. ¡Oh Dios! ¡En qué estancia tan horrorosa, la que deberia estar colocada bajo un sagrado tálamo, y adorada de todos los seres que existen en el universo! ¡Y yo, un hombre acostumbrado desde niño á todo el lujo y vanidad, á que le crian los padres que nos encaminan al seno de la perdicion, verme en este calabozo de terror! Ay! ¿Dónde está aquel palacio suntuoso, aquellos ornamentos preciosos, aquellas vistas? las paredes que allí eran cubiertas de tapices y otros adornos, aquí de gusanos y podre: estos pies acostumbrados á pisar ricas alfombras, aquí cadáveres ya corrompidos, podre y gusanos; lo que allí perfumes olorosos, aquí un vapor capaz de desmayar al hombre mas robusto. Ay, Lorenzo!

Lorenzo. Vamos, no perdamos el tiempo en vanas reflexiones.

Tediato. Esta caja me he de llevar.

Lorenzo. ¿Cuál? ¿esta tan sucia y que despide tan mal olor?

Tediato. Esta es la que me ha de hacer feliz: ella ha de poner fin á mis males, y con ella he de acabar.

Lorenzo. Qué arrojo! tú mismo te haces infeliz. ¿No valdria mas que dejando estas bárbaras ideas vivieses feliz en la sociedad, entre tus padres, hermanos ó parientes?

Tediato. Entre las fieras, dirias mas bien: bastante tiempo los he tratado, y sé lo que en ellos se encuentra: insensato! cuán poco los conoces! No me hables mas de un mundo que en breve voy á dejar; de padres, de hermanos, y de ningun ente racional; porque el mas bueno de todos y que tiene mejores cualidades, encierra en su corazon un conjunto de horrores infernales: soberbia, envidia, venganza y traicion, de todo he tenido; y quizás de entre los mas malos no eran los mas perversos; pero despues de haberles examinado á fondo su corazon, no he encontrado en ellos mas que una gente cubierta con un manto de lo que llaman honor y amistad, y encubren dentro de sí una alma negra, vil, capaz de sacrificar á todo el género humano á sus intereses y caprichos. Vamos, Lorenzo, vamos, que el tiempo es precioso.

Lorenzo. Sube y toma esa cuerda, que yo haré fuerza aquí bajo.

Tediato. Ay! ya eres mia: déjala descansar aquí y sube.

Lorenzo. Pondrémosla sobre estas andas; la llevaremos mejor; vamos.

Tediato. Vamos; quién me lo hubiera dicho en tiempo de tu existencia, que me habia de ver en este oficio y en tales horas, llevando tus mismas reliquias! Ay! ninguno era capaz.

Vamos, las cuatro dan. Vamos, que podrian sorprendernos por esas calles y perdiésemos lo que tanto nos cuesta. Párate en aquella puerta que hay aquellas columnas frente de esa calle, que ya está entreabierta.

Lorenzo. Ya estamos; ¿y ahora?

Tediato. Ayúdame á subir arriba el fruto de tantos desvelos: aquí tienes esa cartera, en ella encontrarás algunas alhajas de mucho valor que podrán servirte para aliviar tus infortunios.

Lorenzo. Vale mas que la guardes para aliviar los tuyos, que yo como pobre puedo pedir en cualquier parte limosna; y tú como en ello no estás habituado, te seria mas sensible.

Tediato. No, Lorenzo; ya no necesito nada mas de este vil mundo, ni nada puede serme sensible; ya solo un favor necesito de tí, y es el postrero y último y de mas mérito que pueden hacer todos los hombres juntos: nada digas de lo que he dicho, de lo que has oido, ni de lo que he hecho; y si és posible, no te acuerdes mas de mí: vete, que el momento mas precioso de mi vida es este: puede que el tiempo te haga saber algo de mi fortuna.

Lorenzo. Adios, pues

Tediato. Adios!... Adios.

Oh dia feliz despues de tanta desgracias! Oh cara prenda! hoy cumpliré la promesa qne te hice! hoy me sacrificaré gustoso, por tu amor! el lecho será el altar, yo la víctima, sacrificadoras las voraces llamas; los inciensos el humo; y vosotras, sagradas reliquias de mi

adorada, ya os poseo: ya he llegado al colmo de mis desventuras, yo soy el hombre mas feliz del universo; pero no, todavia falta acabar de completar mi dicha.

Voy á lograr con este triste cadáver y placer lo que los bárbaros nos robaron á costa de nuestras vidas.. ya está todo prevenido... la mistura, el incendio bajo la cama... la mecha encedida que el fuego va consumiendo... veloz el momento se acerca... ¡Ah objeto antiguo de mis delicias, hoy objeto de horror!... Oh! tú ahora imagen de lo que seré yo en breve... y tu cuerpo está en el lecho junto al mio!... va ya á morir mi cuerpo junto á tu cadáver adorado!... Ah! ya va á incendiarse el domicilio!... voy á espirar!... ha llegado el momento de mezclarse nuestras cenizas con las de la casa.

Adios, humanidad perversa y engañosa!

Adios!!!...

FIN.

TEDIATO Á LA MUERTE DE FILIS.

SONETO.

Mientras vivió la dulce prenda mia,
Amor, sonoros versos me inspiraste,
Obedecí la ley que me dictaste,
Y sus fuerzas me dió la poesía.
Mas ay! que desde aquel aciago dia
Que me privó del bien que tú admiraste,
Al punto sin imperio en mí te hallaste,
Y hallé falta de ardor á mi Thalía.
Pues no borra su ley la parca dura,
(A quien el mismo Jove no resiste)
Olvido el Pindo y dejo la hermosura.
Y tú tambien de tu ambicion desiste;
Y junto á *Filis* tenga sepultura
Tu flecha inútil, y mi lira triste.